





# El sol negro de papá

Reinaldo Spitaletta

COEDICIÓN  
UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA  
UNIVERSIDAD EAFIT



LETRA X LETRA

Spitaletta, Reinaldo, 1954-

El sol negro de papá / Reinaldo Spitaletta. – 2a ed. -- Medellín:  
Fondo Editorial Universidad EAFIT, Universidad Pontificia Bolivariana,  
2016.

196 p.; 21 cm. -- (Colección Letra x letra)

ISBN 978-958-720-329-5

1. Novela colombiana. I. Tít. II. Serie

C863 cd 21 ed.

S761

Universidad EAFIT- Biblioteca Luis Echavarría Villegas

El sol negro de papá

Segunda edición: abril de 2016

© Reinaldo Spitaletta

© Universidad Pontificia Bolivariana

Circular 1.<sup>a</sup>, N. 70-01

Tel.: 3544565

[www.upb.edu.co](http://www.upb.edu.co)

Correo electrónico: [editorial@upb.edu.co](mailto:editorial@upb.edu.co)

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 48A # 10 Sur - 107, Medellín.

Tel.: 261 95 23

[www.eafit.edu.co/fondo](http://www.eafit.edu.co/fondo)

Correo electrónico: [fonedit@eafit.edu.co](mailto:fonedit@eafit.edu.co)

ISBN: 978-958-720-329-5

Imagen de carátula: 10396756, ©shutterstock.com

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con  
cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

*Editado en Medellín, Colombia*

*A Guillermo y Romelia  
In memoriam*



# Uno

No sé por qué la muerte del padre golpea a otros con tanta dureza. Para mí fue un acabarse sin dramas, incluso con expresiones estéticas, sin ruidos ni aspavientos. Con dolor, sí, pero entendiendo que uno también se irá tras de sus muertos, será otro de ellos y nada más. Ahora, cuando el padre de Mabel agoniza, vuelven a la memoria las caras de papá, porque un hombre tiene muchas caras, no solo según la edad, sino según las hambres, las harturas, las búsquedas, los caminos. Las soledades. Con los años uno se va pareciendo al padre. Cuando el mío murió, yo ya lo estaba alcanzando en edad, y hubo días en que él parecía más joven. Era como una venganza del tiempo, porque, de pelado, veía al padre como un viejo esmirriado, que no podía estar con amigos en las esquinas, ni jugando al fútbol en la calle, pero sabía que él podría estar en bares, al lado de amigos que usufructuaban su generosidad. Pero después —otra revancha— a uno los más jóvenes lo miraban como a un viejo, un viejo de veinte años, un “cucho” deplorable, y se les adivinaba la burla y hasta ciertos aires de conmiseración. “Ese ya alcanzó la fecha de vencimiento”, parecían pensar.

A veces, me llegan súbitas imágenes tuyas, como aquella ya muy añeja cuando me traje un *Ivanhoe* ilustrado, con pasta dura. Lo sacó con sigilo de su maletín de viaje, como si adentro hubiera un explosivo. Yo tenía ocho años

y desde hacía cuatro leía, bueno, más bien juntaba letras para descifrar las aventuras de tiras cómicas de periódicos de domingo, o para escribir en los muros palabrotas que dejaban aterrados a los más grandes.

“¡Este niño es un diablo!”, dijo uno cuando escribí con un terrón la palabra “puta”. Salió corriendo y fue a decírselo a su mamá. La señora, muy vieja y con una bata de flores, la miró y, claro, frunció el ceño, con lo cual aumentó sus arrugas y su edad.

“Sí, es un demonio”, dijo y me miró con unos ojos lanzarrazos, reencarnación de la medusa griega. Simulé no escucharla y con una varita puse en la tierra la palabra “culo” y corrí sin saber cuál fue la reacción de la mujer que vociferaba. Cuando papá sacó el libro y acompañó el gesto con la palabra regalo, “¡te traje un regalo!”, mi alegría alcanzó para estamparle un beso en la mejilla. Sentí las púas de su barba rala, mal afeitada y de inmediato retiré los labios, abrí el libro y me senté a la mesa del comedor a hojearlo. Después de tantos años, todavía lo conservo y de vez en cuando lo abro para tener la sensación de que ahí, entre esas páginas viejas, hay algo de él que no se ha muerto.

Decía que un hombre tiene muchas caras, pero el padre muchas más. O eso creo. El día del regalo tenía una cara de recién llegado de la represa de Miraflores donde trabajaba como intérprete de los constructores estadounidenses; era un rostro cansado y con partículas de polvo, y sus ojos, casi siempre de un claro amarillo, estaban oscuros. En ellos había una alegría contenida que no pude entender, ¿por qué miraría así, si acababa de traerme un libro?, ¿por qué no se arrimaría a la mesa a leerlo conmigo?, ¿por qué

saldría a encerrarse en su cuarto?, quizá estaba estropeado por el viaje, o tenía preocupaciones que entonces uno no alcanzaba a comprender, porque a esa edad temprana se quiere ser el centro de todo y una actitud como la suya parecía una especie de castigo. Me quedé en la mesa viendo pasar letras, palabras e ilustraciones, y después caminé con sigilo hasta el cuarto suyo, pegué una oreja a la puerta y así permanecí un rato: al principio, no escuché nada. Esperaba, por ejemplo, un ronquido, pero nada, silencio. Luego creí oír un sollozo y quise tocar, vacilé, no sabía si hacer algún ruido para alertarlo, o quedarme ahí. Me devolví a la mesa y guardé el libro. Imaginé que el hombre –¿qué es un hombre?– estaba llorando y supuse que era por la alegría de haberme traído un regalo distinto, no eran dulces ni tortas ni monedas para golosinas, sino un libro. Al rato volví a acercarme y escuché sus ronquidos espesos.

Hago un esfuerzo para recordar la cara más nueva de papá y siempre la memoria me lleva a la foto de su primera cédula, una cara simpática, sonrisa contenida, un bigotito casi de mentiras y la mirada contenta, en blanco y negro. No me llega con claridad el rostro que tenía la noche en que llegó a casa y mamá no estaba. Había salido a alguna diligencia que nunca supe. Solo recuerdo que ante la soledad empecé a llorar, es posible que hubiera tenido dos años, porque, según me enteré después, correspondió a los días que habitábamos en una casa del barrio Manchester, muy grande para tres personas, o eso creía, que los espacios eran de más tamaño del que realmente tenían. Aquella pudo haber sido mi primera sensación de desamparo, verme solo, en penumbra, caminando por un pasillo de cemento, mi-

rando el cielorraso y escuchando ruidos dentro de él, yendo a la cocina y ahí descubrir el súbito paso de una rata, luego asomarme al patio de bifloras y sentir el rumor sordo de las matas, correr hasta una ventana que daba a la calle e intentar abrirla sin éxito y principiar a gritar, a llamar a mamá, a correr en redondo por la sala, y después escuchar un golpeteo en la puerta de entrada, primero suave, luego más fuerte hasta convertirse en un demoledor sonido, no sé quién lo producía, pero después apareció él, la cara demudada, rabioso con certeza, vociferando.

—¡Qué son esos gritos, qué son esos llantos!—, supongo que esas eran sus palabras.

Vino hasta mí y me tomó en sus brazos, me dio consuelos y sin embargo persistía en mis berridos y él comenzó a impacientarse, seguramente decía o pensaba: “Puñetero pelado cállate, puñetera mujer dónde te has ido, cállate que me vuelves loco”, pudo haber sido así, y luego mamá en la puerta, tampoco recuerdo su rostro, quizá asustado, lo más probable asombrado por el espectáculo de su chiquillo alborotado y su marido enardecido. Los dos se observaron frente a frente y estalló una algarabía, hablaban al mismo tiempo y eso fue suficiente para renovar mis aullidos. No sé cuánto tiempo pasó entre los primeros alaridos y los últimos susurros, pero todo se fue calmando, ellos en la mesa y yo caminando por ahí, sin preocupaciones.

Después su cara aparecía de vez en cuando. Se demoraba en los lugares donde iba a conseguir la comida, los cuadernos de mi escuela, la plata para sus bailes, algún vestido para mamá. Al principio lo extrañaba porque tardaba mucho en volver y para mí era una fiesta su arribo, con un maletín

enorme, que yo iba de inmediato a esculcar. Me encontraba con revistas viejas, periódicos de mucho tiempo, de hojas amarillosas, y en el fondo cantidades de monedas que yo tomaba para mí, porque, además, él lo hacía para eso, como para decir “ahí está el tesoro, encuéntralo”, y supongo que él gozaba viéndome en la labor de requisa. Con eso tenía para vaciar tarros de confites y chicles bomba en la tienda de enfrente.

Bueno, recuerdo estos episodios porque el papá de Mabel se está muriendo y en realidad, para ser franco, quiero que se muera pronto, no porque sea un indolente o alguien que goza con el dolor ajeno, sino porque así ella seguramente recuperará su cordura; de lo contrario, quien perderá toda razón de equilibrio y ecuanimidad seré yo. Quizá ya estoy andando por ese camino, porque cada vez vuelven a mi memoria las caras de papá. No sé qué tenía de particular, porque ni siquiera era un hombre apuesto, en cambio mamá sí era una rubia angelical, con voz de soprano en sus canciones, con voz de narradora en sus historias, qué sé yo, era tan virtuosa, pero lo que quiero es recordar a papá y no más, porque creo que a veces lo olvidé. En los tiempos primeros él estaba ahí, en casa, pero sin jugar conmigo. Tenía que inventarme diversiones, que nada tenían que ver con las cartillas escolares, ni con las fábulas que mamá contaba, ni siquiera con la bulla que me llegaba de la calle en la que había rondas de muchachas (“Estaba la pájara pinta / sentada en el verde limón, / con el pico cortaba la rama, / con la rama cortaba la flor...”), pelados correteando y gritando (“¡La lleva, la trae!... coclí-coclí al que lo vi, lo vi”). Los imaginaba uno tras otro, en

carruseles como aquellos a los que de vez en cuando mamá me llevaba, caballitos galopando en redondo, la cara de ella feliz viéndome reír y dar palmadas en las ancas, ir, volver, ella aparecía y desaparecía y cada vez le agitaba una mano de adiós y luego otra de bienvenida, la magia del tiovivo, o de la calesita como la llaman los argentinos y que me parece un nombre con más vibraciones, en fin, que yo seguía escuchando el tropel de afuera y en realidad lo que quería era participar de él, pero quizá un niño tan pequeño no podía salir así no más y por eso tenía que imaginar el manejo del carro, sí, un carro de madera, vetusto, resto de un aguinaldo navideño, y arrastrarlo por el corredor, meterse a los cuartos, evitar una colisión contra las camas, imitar el motor con sonidos guturales y después guardarlo en un garaje que era el cajón de un escaparate. Papá se acostaba a dormir, a veces emitía quejas o de pronto un regaño, “ve, chamaquito, deja de conducir tan mal que me vas a atropellar”, pero no se involucraba, no se levantaba a participar de mis ensueños ni a crearme otros.

Por eso, creo que cuando se iba a trabajar lejos, se desataba en mí un carnaval interior, porque era como quedar libre, era la posibilidad de salir a la calle por asuntos distintos a los de ir a la escuela. Se iba, sí, y se demoraba días y semanas, y cuando volvía la euforia era menos por su llegada que por su maletín con tesoros escondidos. Así era al principio. Así comencé a tener nociones de lo que era el calendario. Entonces después del estudio sabía que la calle me esperaba. Mamá no se oponía, además, ella aprovechaba la ausencia de papá para salir con amigas, ir de vez en cuando a cine y llegar por la tarde con bolsas de pasteles de gloria y galletas

de mantequilla. Me parece que ella también sentía lo mismo que yo. Se incomodaba con su presencia, con ese permanecer de día en la cama, escuchando radio, y de ciertas salidas nocturnas al centro de la ciudad. Llegaba oliendo a cerveza y, según ella, a mujer. Digo que a veces me gustaban sus salidas porque por la noche arribaba también en compañía de una torta. El sabor de aquellas tortas no lo he vuelto a sentir jamás, era un dulce harinoso que siempre identifiqué con él; bueno, a veces uno se vuelve sentimental sobre todo cuando recuerda olores y sabores de aquellos años. Debe ser porque uno se va volviendo más pasado que presente y eso es lo que llaman envejecer.

Crecía sin darme cuenta. De pronto, ya la primaria estaba terminada y todo había sido tan fugaz. El ejercicio de la calle nos redimía frente a las arduas jornadas de estudio. Había cierto fastidio en ir toda la semana, todo el mes, todo el año, a escuchar al mismo profesor, hasta cuando en quinto elemental, por fin, se diversificaba todo y cada asignatura tenía un maestro. Pero ahora estoy hablando es de papá, o de lo que dura de él en mi memoria. No recuerdo que él hubiera ido a ningún acto público escolar, jamás asistió a una entrega de calificaciones, unas veces porque estaba lejos, otras, las más, porque no gustaba de esos acontecimientos. Así parecía. “Eso es para señoras”, le oí decir. Uno veía a algunos padres que iban a preguntar por sus hijos, me preguntaba por qué papá no aparecía por aquí, y siempre era mamá la que estaba en las reuniones. Iba emperifollada, con batas florecidas y peinados de salón. Había maestros que la miraban con ojos extraños y a alguno lo descubrí cuando observaba sus piernas, pues parece que tenía unas piernas

atractivas, aunque el vestido no era corto se podía adivinar que era una mujer en la que cualquier maestro podía fijarse. Menos mal que papá no se enteró de esas miradas, porque ahora que lo analizo en la distancia era un tipo al que le hubieran caído bien las “Cuatro Preguntas” de Morales Pino: “Niegas con él lo que hiciste y mis sospechas te asombran, / pero, si no lo quisiste, ¿por qué te pones tan triste cuando en tu casa le nombran?”. Supongo que en sus trabajos de tan lejos pensaba en mamá, en qué estaría haciendo, si salía mucho a la calle, si el vecino la cortejaba, si se pintaba los labios para sonreírle a otro...

Y en realidad era un mar de celos, lo digo porque una vez apareció de sorpresa, sin telegrafiar su llegada. Era un hombre que debieron conocer en todas las oficinas de telegrafía de muchas partes de Colombia, porque siempre estaba trabajando con gringos en construcciones de represas, en petroleras, en apertura de carreteras, en otras obras civiles. Llegó un sábado y me encontró en plena calle, jugando al fútbol. Me llamó de inmediato y amenazó con desabrocharse el cinturón. Sentí que mis cachetes se calentaron y con certeza enrojecieron. Los demás comenzaron a burlarse de mí, vos tan grande y todavía tu papá te quiere castigar, vos tan altanero y no te deja jugar un partido, y vos y vos y yo que quería golpearlos, pero no fue posible. Me agarró de la mano y caminamos a paso muy rápido. Me hubiera arrastrado, pero no pudo. Entonces ya no me importaba su valija de periódicos viejos y cuchillas de afeitar y ropa sucia y algunas monedas. Cuando estábamos llegando me acordé que mamá se había ido al cine con una vecina y comencé a imaginar escenas de escándalo. Abrió la puerta, descargó el maletín y llamó a la

Mona, que así le decía a mamá. “No está”, le dije con voz entrecortada. “Está en cine”, agregué, ya con aire decidido. Se encolerizó y creí que me daría de correazos, vociferaba, puñetera mujer, esto es lo que hace cuando yo no estoy. “¿En cuál teatro está?”, preguntó con rabia. Me volvió a tomar del brazo, apretándolo, y salí con él. En realidad no sabía a cuál cine de los tres de Bello había entrado. Decidió buscarla en los tres. A mí no me permitían el ingreso a esa función por ser menor de edad. Del cine Bello salió más furioso que antes, después del Rosalía la rabieta era de terremoto, y no faltaba sino el Teatro Iris, y ahí me entró una tembladera porque advirtió a voz en cuello que si la encontraba con un hombre la mataba. “Vengo a buscar a mi mujer”, le dijo al portero. “Siga, señor, claro”, contestó el hombre con cara de curiosidad y seguramente de susto. “Ah, y si necesita ayuda, pues me llama”, agregó. Afuera, me dolían las piernas. No sé cuánto tiempo esperé. Él salió con mamá del brazo, se notaba que la apretaba. Cuando ella me vio me miró con un aire de desolación que casi me hizo llorar. “Menos mal que no estabas con un hombre”, le dijo y yo pensé en desafiarlo a pelear. Sin embargo, unos pasos después rompió a reír y tal vez se dio cuenta de que había cometido una equivocación. La vecina se quedó para mirar el fin de la película.